

El hambre se asoma a Cuba tras «Ike»

Los huracanes que asolaron la isla han dado paso al desabastecimiento de productos básicos. La venta ambulante desaparece por el racionamiento y la persecución.

Felipe Jiménez. CIUDAD DE MÉXICO.- Los turistas que llegan a La Habana no lo notan, pero los habitantes de la capital cubana saben que no es normal tanto silencio en lo que hace apenas una semana eran las bulliciosas calles habaneras.

El ruido en buena medida ha desaparecido porque también se han esfumado los vendedores que ofrecían su mercancía a voces y con ingenio caribeño. El racionamiento de la comida y el endurecimiento de las medidas contra el robo de alimentos han limpiado las calles de pregoneros del comercio y ha terminado de vaciar las estanterías de los supermercados.

El hambre se asoma a la isla tras el paso de los huracanes «Gustav» y «Ike». «¡Están ricas, ricas mamita!» era uno de los pregones que más se escuchaban, salido de la garganta de un hombre que, haciendo malabares para llamar la atención, vendía galletas de guayaba hechas en casa. «¡Chambelona, oona, oona!», anunciaba otro, intentando vender paletas de dulce. «¡Pancito sabrosito, sabrosito el pancito!», gritaba una mujer de edad avanzada con voz potente.

Aunque esta práctica estaba prohibida, lo cierto es que las autoridades la permitían, como tantos otros rostros de la «economía sumergida». «Es algo necesario para nuestra economía familiar», atajaban los clientes de la mujer de edad avanzada que ofrecía unos pequeños panes mucho mejores que aquellos que les entrega el gobierno a los cubanos a través de la libreta. Todo un ejército de vendedores ambulantes recorría la capital cubana ofreciendo desde dulces, galletas, pan, zumos, fruta, hasta huevos, carne de cerdo y platos preparados. La semana pasada desaparecieron, se esfumaron de repente, como consecuencia del racionamiento de víveres y el endurecimiento de las medidas contra el robo de alimentos.

La crisis también ha afectado a los denominados «paladares», restaurantes informales en viviendas que acondicionan un salón con cuatro o cinco mesas, crando así una economía familiar en la que trabajan la mujer, el marido, los hijos y hasta cuñados y primos. Los huracanes los han dejado casi sin «género» que ofrecer a la clientela. «El peor ciclón es el hambre que vamos a pasar», opina un ama de casa en el popular «Supermercado 70» de Miramar, que exhibe vacíos los congeladores de cárnicos y los estantes de pastas y legumbres. Los botes de coca-cola hecha en México han desaparecido, y lo que más se cotiza son unas latas chinas de magro de cerdo de olor y aspecto nauseabundo.